

ABRAZAR
LA VULNERABILIDAD
EN EL CAMINO
SINODAL



UNIÓN INTERNACIONAL
DE SUPERIORAS GENERALES

www.uisg.org

Vulnerabilidad como líder durante el tiempo de la pandemia

Hna. M^a Carmen Mora Sena, hcsa

La Hna. M^a del Carmen Mora Sena, Superiora General de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana, Vicepresidenta de la Comisión de Salud de la USG-UISG, (natural de Sevilla, España), es Licenciada en Medicina y Cirugía por la Universidad de Sevilla (1988) y es Especialista en Medicina Familiar y Comunitaria. Obtuvo un Máster en Bioética por la Universidad Católica de Valencia.

Cuando recibí la invitación a participar en este panel, sentí que no podía decir que no, porque precisamente, la *vulnerabilidad* me ha acompañado a lo largo de mi vida y creo que es la palabra que mejor define mi experiencia personal en el desempeño del servicio de Superiora General de la Congregación de la que formo parte, que comencé en julio de 2019, pocos meses antes del inicio de la pandemia del covid-19.

La verdad es que, desde el principio, incluso antes de empezar la pandemia, me sentía pequeña y *vulnerable* y prácticamente pasé el primer año de este servicio preguntándome por qué dije que sí en el Capítulo, al ser elegida. Recordaba a Samuel preguntando a Jesé ¿Se acabaron los muchachos? (1 Sam 16,11)

Tenía cierta experiencia de Gobierno, pero “Superiora” no había sido en mi vida, ni siquiera de una comunidad local... Palpaba fácilmente mis límites en lo cotidiano: cierta inseguridad personal, apego a mi imagen, deseo de “hacerlo” bien, no saber gestionar adecuadamente mis emociones, ni expresarme muy bien al estar afectada por ellas..., y sentía que había otras Hermanas que podían prestar ese servicio mejor que yo.

Sin embargo, en los Ejercicios Espirituales que viví en el tiempo de Pandemia, la “elección” fue “decir sí” al servicio que ahora realizo, desde la vulnerabilidad, convencida de que éste es el tipo de liderazgo que necesita hoy la vida religiosa.

Soy española y, en mi país, se decretó el “estado de alarma” por la Pandemia en marzo de 2020. Había regresado de Venezuela una semana antes y no estaba al corriente de la situación, así que la noticia me tomó por sorpresa, con cansancio acumulado y con temas retrasados esperando ser resueltos.

Más allá de las recomendaciones iniciales, protocolos y pautas de actuación que, junto con la Consejera encargada de Salud, remitimos para comunidades y centros, confieso que a mí me costó reaccionar:

- de una parte, sentía que “no alcanzaba”, que me faltaba tiempo para mirar a todas partes, que se me escapaban detalles importantes, y me costaba no ser tan generosa, disponible o creativa como otras Hermanas... Y tuve, sencillamente, que aceptar mi realidad con humildad;
- de otra, necesitaba organizarme con mi familia de sangre en el cuidado de mi madre con enfermedad de Alzheimer y totalmente dependiente... Me costó no poder hacerme presente, pero comprendí que era mejor que la atendiesen quienes estaban más cerca y agradecí la ayuda de mis hermanos;
- de otra, experimentaba inseguridad por no saber cuál era mi papel, si ofrecerme como médico para atender personas contagiadas, como me sugerían algunas, lo que habría supuesto poner en riesgo a las muchas Hermanas mayores de la casa en que vivo; o no sería más bien mantener la mano en el timón del barco sin conocer el rumbo... Sin mucha claridad, opté por lo segundo.

Después de abordar el tema con mis Hermanas de Consejo, escribí una circular a todas las Hermanas en la que explicaba lo que en aquel momento se sabía sobre la infección covid: Hacía un llamamiento a la calma y a la responsabilidad, invitaba a la confianza en Dios y la oración intensa de intercesión, animaba a la solidaridad desde la creatividad del amor - citando ejemplos de lo que Hermanas nuestras estaban ya haciendo en diferentes lugares- y pedía -a quienes no fuesen especialmente vulnerables al virus o conviviesen con personas que lo fueran- que se ofreciesen a sus Superiores Provinciales para atender a los contagiados donde se necesitase, realizar tareas de apoyo a personas vulnerables o dar respuesta creativa a otras necesidades derivadas de la pandemia.

También abrimos canales de comunicación para compartir, entre Hermanas, información relativa a la pandemia y para acoger peticiones de oración de quienes quisieran contar con nuestro apoyo orante. Los dos se utilizaron ampliamente.

Junto a noticias buenas de acción solidaria desarrollada por nuestras Hermanas, muy pronto llegaron noticias de situaciones complejas y duras de afrontar que iban surgiendo:

- **En nuestras Comunidades y Centros hizo su aparición el contagio**, principalmente en las Casas de Hermanas Mayores, Residencias de ancianos y Hospitales. Enfermaron y fallecieron por covid Hermanas, personas que atendíamos, algún trabajador...
 - o En algunas comunidades numerosas de mayores se contagiaron casi todas, las mayores y las cuidadoras, e hizo falta enviar refuerzo para atenderlas, con Hermanas que también se contagiaron, una de ellas de mi comunidad del Consejo General. La mayoría de las que iban al Hospital no regresaban con vida y eso hacía temer el ingreso... Era duro, además, no poder acompañarlas allí -por no estar permitido- y que muriesen solas... Hubo comunidades que perdieron nueve Hermanas por covid en un mes...
Hubo momentos en que temíamos encender el ordenador y encontrarnos más esquelas de Hermanas fallecidas
A ello se sumaban los repetidos confinamientos dentro de la propia casa que retenían en sus habitaciones a Hermanas con deterioro cognitivo, por haber salido positiva alguna otra, y hacía que estuvieran más tristes y se deteriorasen más deprisa.
 - o En las residencias de ancianos dolía mucho perder a algunos con quien tan largo tiempo habíamos convivido, sus familiares pedían que no se los llevasen a los centros-

covid, sentían más confianza en las Hermanas, aunque los medios escasearan en aquel momento. Hubo Hermanas contagiadas que continuaron llevando la dirección de la Residencia desde su situación de aislamiento, otras que, aún enfermas, siguieron trabajando atendiendo a contagiados...

- Nuestros Hospitales propios se pusieron a disposición de las autoridades para atender a pacientes de covid. Eso generó un gran quebranto económico que nos llevó a solicitar créditos de esos que requieren el permiso de Roma por la cuantía (porque se suspendió la actividad quirúrgica programada, que podía reportarnos ingresos, y se incrementaron los gastos, ya que nos enviaban los pacientes, pero no recibíamos material ni equipos de protección, ni apoyo para adquirirlo); pero, sobre todo, supuso también contagio y muerte de Hermanas jóvenes que atendían a los afectados., la primera de ellas, compañera mía de turno.
- Las Hermanas de Centros Educativos se adaptaron lo mejor y más rápido que pudieron a la virtualidad para las clases, pero, en muchos lugares, los alumnos carecían de los medios para seguirlos de esta forma, y tuvieron que ser creativas y arriesgadas para hacerles llegar guías pedagógicas, y para ofrecerles además apoyo material y psicológico a ellos y a sus familias ... Por ausencia de presencialidad, traslados familiares y pérdida de empleo de los padres se perdieron alumnos y, en algunos países, tuvimos que aplazar el pago de parte de los salarios de los trabajadores, por no tener capacidad de hacerlo en ese momento...
- Nuestra presencia en lugares remotos con malas comunicaciones hizo también que perdiésemos Hermanas muy jóvenes, a una de ellas -apenas un año antes- le había recibido la Profesión Perpetua.
- Las Hermanas Provinciales, algunas de las cuales enfermaron de covid, me iban trasladando la situación y alguna no quería darla a conocer a las Hermanas de su Provincia por no alarmarlas más; sin embargo, ellas sí reclamaban esa información y eso me suponía realizar equilibrios para ofrecerla.
- **Hubo Hermanas a quienes el confinamiento las sorprendió fuera de sus comunidades** -con sus familias, en otras comunidades o en lugares donde no había ninguna comunidad cercana, y tardaron meses en poder regresar a ellas; **alguna quedó sola más de un año en su comunidad** a miles de kilómetros de otras Hermanas... Era duro buscar y no encontrar modo de resolver las situaciones.
- **Otras Hermanas perdieron padres, madres, Hermanos** o varios familiares cercanos en pocos días y no pudieron acompañarlos, despedirse de ellos, ni acudir a su entierro... Yo también perdí a mi madre, pero -en medio de la pena- precisamente por su situación de dependencia que me facilitaba viajar, tuve la gracia de acompañarla y cuidarla como médico en casa los días previos a su muerte, aunque sí me afectaron las restricciones relativas a entierros, que no permitían que nos acompañasen familiares cercanos como los Hermanos de mi madre, ni tampoco mis Hermanas de comunidad en ese trance...
- **El confinamiento** impidió que las Hermanas que tenían que hacerlo se incorporasen a las casas de **formación**, que las Provinciales pudiesen viajar a recibir **primeros votos** o **profesiones perpetuas** y que algunas profesas temporales pudiesen renovar sus votos como habitualmente en su comunidad, ante su Superiora, y hubo que arbitrar soluciones creativas.
- **También se vieron afectados el Proceso de Rediseñación y Unificación de las Provincias y Delegación de América Latina y los Capítulos Provinciales.** En el

- primero hubo encuentros que se quería fuesen presenciales pospuestos hasta cinco veces por cierre de fronteras o contagios. Quienes sufrieron más fueron las más debilitadas en número de Hermanas, hasta que al fin encontramos la fórmula bimodal y lugares más seguros para reunirnos, que permitieron desbloquear y culminar el proceso.
- El Capítulo de la Delegación de África tuvo que posponerse por dos veces: primero, un trimestre y, luego, un año más. Iba a ser su primer Capítulo de elecciones y el Consejo que cesaba, nos pedía “nombrarles” nuevo Equipo de Gobierno... Comprendía que era más pedagógico que lo eligieran en Capítulo, pero me costó mucho trasladarles la decisión de no concederles lo que nos solicitaban, sabía que pedía mucho particularmente a la Superiora Delegada y a su Secretaria. Cuando cogí el teléfono para comunicárselo no sabía muy bien qué iba a decir ni cómo... y el Señor me abrió el oído para escuchar, comprender, y decirlo ofreciendo a la vez “espacios verdes” y apoyo incondicional desde mi pobreza...
- Por cierre de fronteras, hubo que **aplazar varias visitas canónicas** en las que se requería abordar determinados temas delicados con Hermanas... Y hubo que hacerlo por zoom o por teléfono cuando ya no quedaba más plazo.
- Cuando, por fin, **llegaron las vacunas**, aunque la mayoría las recibieron con esperanza, **nos encontramos algunas Hermanas “negacionistas”** que no querían recibirla, pero sí continuar trabajando -algunas en salud o con personas vulnerables- y, además de tratar de persuadirlas, (proporcionando información científica contrastada, resolviendo dudas, y ofreciendo testimonios de autoridad, como la llamada del Papa no sólo a vacunarnos, sino a generar confianza en los más pobres para que hiciesen lo mismo), tuvimos que arbitrar la manera de conjugar el respeto a la libertad de cada una, con la protección de terceros vulnerables y con la salvaguarda de la responsabilidad de la Congregación ante sus familiares.

Es verdad que, en muchas de estas circunstancias duras, experimentaba fácilmente sentimientos de dolor, desconcierto, pequeñez, fragilidad, inseguridad, impotencia, pero, a la vez, descubría que, en el fondo, compartíamos la suerte de muchos, y que, más bien, nosotras teníamos más suerte por contar con el respaldo de la Congregación.

Fui, poco a poco, entrenándome en convivir con la incertidumbre, y aprendiendo a aceptar no poder tener todo “bajo control”, a acoger y sostener la realidad como venía, a dejarme en las manos de Dios, y a buscar, contando con las luces de los demás, principalmente de mis Hermanas del Consejo, soluciones unas veces prudentes y otras más arriesgadas, pero que era necesario explorar.

Al mismo tiempo, la conciencia de mis limitaciones, debilidades y carencias, me hacía más humana y ensanchaba mi capacidad de compartir y comprender los dolores, inseguridades, flaquezas y fragilidades de mis Hermanas y de otras personas.

En muchas situaciones de soledad, enfermedad, muerte, pérdida, sólo podía estar cerca, llegar con un mensaje o una llamada, ofrecer el oído y el corazón para escuchar y acoger - más veces de manera virtual que presencial, acompañar con el cariño y la oración... Pero, eso que a mí me parecía pequeño, suponía un gran alivio para muchos.

También pude acoger la ayuda y solidaridad de los demás, y ser cauce para compartirla con otros. Recuerdo con emoción los numerosos lotes de mascarillas y de guantes que nos fueron haciendo llegar, en sucesivos envíos, nuestras Hermanas de China y de Macao cuando en España y otros muchos lugares era casi imposible conseguirlas.

Igualmente, sentía necesidad de reconocer y agradecer el apoyo y la ayuda de los otros, la implicación en el trabajo de las Hermanas y del personal laico de nuestros Centros ... Y, aun sin tener dominio de los medios, contando con la ayuda de mis Hermanas, el día 1 de mayo les envié a todos a través de las redes sociales, un mensaje de reconocimiento por su esfuerzo y su dedicación, de gratitud, estímulo y aliento.

Lo vivido me lleva a descubrir que **la vulnerabilidad posibilita la sinodalidad** porque hace constatar de manera palpable que necesitamos caminar juntos contando con la riqueza, el apoyo, las luces y el aporte de los demás; y afianza mi convicción de que **es el camino del liderazgo que necesita hoy la Vida Religiosa**, es el que nos acerca y abre a los demás y deja a Dios llevar las riendas de nuestras Congregaciones y del Servicio que ofrecemos al mundo.

Es el mismo camino que Él elige en su Encarnación y en la Pascua para acercarse a nosotros, sanar nuestras heridas y enviarnos a continuar su misión contando con su Presencia y con su aliento.